

POBREZA Y DETERIORO AMBIENTAL, UNA CONSECUENCIA DE LA SOCIEDAD OPULENTE

Los asuntos que hoy más preocupan a la sociedad en su conjunto son la pobreza y el deterioro del medio ambiente. Muchos, incluso, han llegado a ver en este binomio un círculo perverso, en el cual la primera produce efectos negativos en el medio ambiente y, a su vez, una pérdida de la calidad del medio ambiente genera pobreza. Esta relación negativa y circular se puede apreciar en el manejo inadecuado de los suelos en zonas áridas, por parte de los campesinos y colonos pobres, que erosionan los suelos y los hacen improductivos generando hambrunas y desplazamientos masivos de poblaciones hacia las zonas de frontera agrícola o a la periferia de las ciudades. No sobra advertir que, más que causa o consecuencia uno de la otra, los dos son productos de un estilo de sociedad y civilización centrados en la producción y el consumo exagerados.

Aunque parece que la pobreza ha estado acompañando a los humanos en todos los períodos de la historia, es en los tiempos modernos cuando sus efectos se hacen más evidentes. La pregunta que surge entonces es: ¿por qué hoy adquiere el dramatismo y la importancia que no tuvo en otras épocas? La magnitud puede ser una causa: de 6.000 millones de habitantes que viven en el planeta tierra, por lo menos 3.500 millones son pobres.

No obstante la magnitud del drama, ni los más sensibles mandatarios se sonrojan; muchos intelectuales ni siquiera se percatan de ella; y la mayoría se considera impotente para enfrentar el mayor, más indignante y escandaloso drama de nuestro tiempo. Muchos aún recordarán las imágenes que le dieron la vuelta al mundo en el año de 1994. El fotógrafo Surafricano Kevin Carter ganó el premio Pulitzer con “una foto que muestra a una niña famélica, acurrucada con la cara contra la tierra, vigilada por un buitre apostado a unos solos pasos detrás de ella”. La presa y el predador. La estética de la miseria al servicio de la publicidad y el poder de los medios de comunicación. Lo paradójico es que la foto de la niña sola no daría la vuelta al mundo, no valdría la pena, y menos merecería un premio Pulitzer.

No cabe duda: la propaganda nos hizo ciegos e insensibles a la “estética de la miseria”. Hoy nada nos dicen los miles de desplazados que llegan a las ciudades huyendo de las catástrofes naturales o de los conflictos sociales, los cientos de niños que famélicos, enfermos y sin esperanza mendigan un pan en los semáforos o en los buses; los mendigos que duermen bajo los puentes y recogen migajas en los restaurantes. Para muchos son cuadros indeseables que afean el espacio público y ponen en peligro nuestros bienes y nuestras vidas.

Los pobres se ocultan en las frías estadísticas que manejan los estados, las instituciones y los analistas sociales. “En Colombia el 65% de la población es pobre y el 25% está por debajo de la línea de indigencia”. Pero eso no produce ningún tipo de reacción ni de sensibilidad. ¿Qué nos dicen las cifras: el 60% de la población no posee acceso a los servicios médicos, el 20% está desempleado, el 50% subempleado, un Estadounidense consume 40 veces más energía que un Latinoamericano, un Europeo consume 10 veces más agua que un Africano.

En la nueva jerga de los medios y del marketing, los seres humanos se convierten en clientes, lo político y lo social se reducen a lo económico y esto a lo monetario. Las estadísticas y los números reducen el medio ambiente y la sociedad a cifras asépticas, frías y sin sentido; los sentimientos, el dolor, el hambre, la enfermedad y la ignorancia desaparecen o se esconden tras los índices y las cifras.

El mundo de hoy da cuenta de los avances en el crecimiento económico, en la productividad por habitante, en la eficiencia energética. Por ejemplo: “De 1960 a 1990, la producción mundial por habitante, a pesar del crecimiento demográfico se multiplicó por 2.5; la producción alimentaria pasó de 2.300 kilocalorías diarias por individuo a 2.700; entre 1973 y 1987, la cantidad de petróleo necesaria para producir el equivalente de un dólar de PNB disminuyó un 35% en América, un 40 en Europa y un 50% en Japón; la esperanza de vida hoy en el mundo es en promedio de 30 años más que hace 100 años. Pese a estos avances de la sociedad, las victorias sobre la enfermedad, la muerte, el hambre, la pobreza y el deterioro ambiental aún no se han proclamado y, sin ánimo apocalíptico, le están ganando la batalla a la sociedad actual.

Técnicamente, las grandes calamidades que afligen a la humanidad están vencidas o podrían estarlo. El mapa genético, la clonación, el transplante de órganos hasta hace algunos años impensables, hoy nos hacen soñar con la conquista de la felicidad. Y, en efecto, mientras un puñado abraza el paraíso, la mayoría padece los rigores de la desgracia. La profecía de Victor Hugo: “El Siglo XX será feliz, nos dejó un sabor amargo”. Y el siglo XXI aún nos produce mayores temores: la pobreza, el hambre, el desempleo, las enfermedades, la erosión de los suelos, el calentamiento global, la escasez de agua dulce, la pérdida de la diversidad dejarán de ser una amenaza latente para convertirse en una realidad incuestionable.

La ciencia y la técnica serán insuficientes para resolver los problemas de nuestra sociedad. La máquina que pretendió aliviar el trabajo físico del humano, antes que eliminar su sufrimiento y su soledad lo hizo un apéndice,

lo lanzó al ejército de parados y lo dejó en la marginalidad y la informalidad. La buena marcha del sistema reposa sobre la desgracia humana.

Los políticos y los empresarios de nuestro tiempo, como los griegos del siglo IV antes de nuestra era y los romanos del siglo IV, no parecen percatarse del estado cada vez más crítico en el que se encuentra la presente civilización. Continúan manteniendo la ficción de la "soberanía del consumidor" y del "elector" que proponía la utopía liberal, sin darse cuenta de que los resultados de los actuales plebiscitos electorales, así como los patrones de consumo, vienen condicionados de antemano por esas dos organizaciones jerárquicas, centralizadas y coercitivas que son la empresa y los partidos políticos.

En palabras de J.M. Naredo: "El proyecto de sociedad que ofrece a la especie humana la sociedad industrial es una utopía negativa, una cacotopía, en el sentido de no ser globalmente posible ni socialmente deseable". Los saberes ambientales, que incluyen el conocimiento científico, el saber tradicional, la ética, la estética, más allá del saber culto de las academias, enfrenta hoy un reto enorme: develar la trama oculta, los fundamentos, sobre los cuales florece un tipo de sociedad que envilece la condición humana y destruye la base natural sobre la cual se sustenta.

Un mundo donde impere la justicia, la equidad, la armonía sólo será posible a partir de la construcción de un saber ambiental alternativo al discurso oficial del "desarrollo sostenible", que crea y recrea y justifica prácticas sociales, relaciones de poder y desarrollo científico a favor del crecimiento económico y el capital financiero.

Isaías Tobasura Acuña
Profesor Titular Universidad de Caldas
Departamento de Desarrollo Rural

Close Window